

## LA CULTURA DEL SOTO REFLEXIONES SOBRE LOS CONTACTOS ENTRE EL DUERO MEDIO Y LAS TIERRAS DEL SUR PENINSULAR DURANTE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Fernando Romero Carnicero, María Luisa Ramírez Ramírez\*

*RESUMEN.* - A través de una serie de elementos —cerámicas a mano pintadas, fibulas de doble resorte, cuchillos de hierro y faunas alóctonas— se analizan las relaciones entre la cultura del Soto, desarrollada en el Duero medio, y el mediodía de la Península Ibérica durante la primera Edad del Hierro.

*ABSTRACT.* - Through several elements —hand-made painted pottery, double springed brooches, iron knives and foreign fauna— we analyse the relations between the Soto Culture, developed in the middle valley of the river Duero, and the Southern Iberian Peninsula during the Early Iron Age.

*PALABRAS CLAVE:* Primera Edad del Hierro, Valle Medio del Duero, Cultura del Soto, Intercambio de objetos de prestigio, Mediodía de la Península Ibérica.

*KEY WORDS:* Early Iron Age, Middle Duero Basin, Soto Culture, Trade of prestige goods, Southern Iberian Peninsula.

### 1. INTRODUCCIÓN

Cuando hablamos de la primera Edad del Hierro en el Duero medio pensamos en un punto de referencia obligado: la estación vallisoletana de *El Soto de Medinilla* (Palol y Wattenberg 1974: 181-93, figs. 61-6, láms. XV-XXI; Delibes, Romero y Ramírez 1995). Ahora bien, pese al carácter excepcional que en su momento se le otorgó, ya en la misma *Carta Arqueológica de Valladolid* se señala la existencia de yacimientos de idéntico signo (Palol y Wattenberg 1974: 34), y su número, como avalan los distintos mapas de dispersión publicados a lo largo de estos últimos años, no ha hecho sino incrementarse (Martín Valls y Delibes 1978: fig. 1; Esparza 1983: mapa 3; Martín Valls 1986-87: fig. 3; González-Tablas 1989: fig. 4); además, y en este tiempo también, varios de ellos han sido objeto de excavaciones arqueológicas. No es de extrañar, por tanto, que hoy en día entendamos como sinónimos primera Edad del Hierro en el Duero medio y *cultura del Soto* (Romero 1985: 88-95; González-Tablas 1988-89; Romero y Jimeno 1993: 188-200; Delibes *et al.* 1995: 59-88).

Una de las cuestiones que no ha pasado desapercibida a la investigación y que ha venido siendo

objeto de discusión en relación con la cultura del Soto es la de su origen y filiación (Romero y Ramírez *c.p.*). Y si Palol insistía desde sus primeros trabajos en el carácter *céltico* del emblemático enclave meseteño (Palol 1958, 1961, 1963a, 1963b, 1964, 1966, 1973, 1974; Palol y Wattenberg 1974: 32-6), no es menos cierto que uno de los elementos más singulares y definitorios del mismo encajaba difícilmente en un contexto de origen pretendidamente centroeuropeo: la planta circular de sus viviendas; de ahí que ya el propio Palol, al poco de iniciadas las excavaciones en la estación vallisoletana, apuntara la idea de que tal rasgo fuera un aporte mediterráneo (Palol 1958: 185, 1966: 29, 1974: 98; Palol y Wattenberg 1974: 33 y 193). Desde entonces y hasta nuestros días, tal y como se recoge ya en numerosos trabajos (Romero 1985: 94-5; Esparza 1986: 365; Almagro-Gorbea 1986-87: 40-1, 1987: 316-7; Benet, Jiménez y Rodríguez 1991: 134; Delibes y Romero 1992: 251; Romero y Jimeno 1993: 199-200; Delibes *et al.* 1995: 81-2), se ha venido proponiendo idéntico origen para no pocos aspectos de esta cultura, si bien es verdad que en algunos casos ello no deja de ser problemático. Es precisamente a esta cuestión, tan cara a la trayectoria investigadora de M. Fernández-Miranda, a la que

\* Área de Prehistoria. Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid. Plaza de la Universidad, 1. 47002 Valladolid.

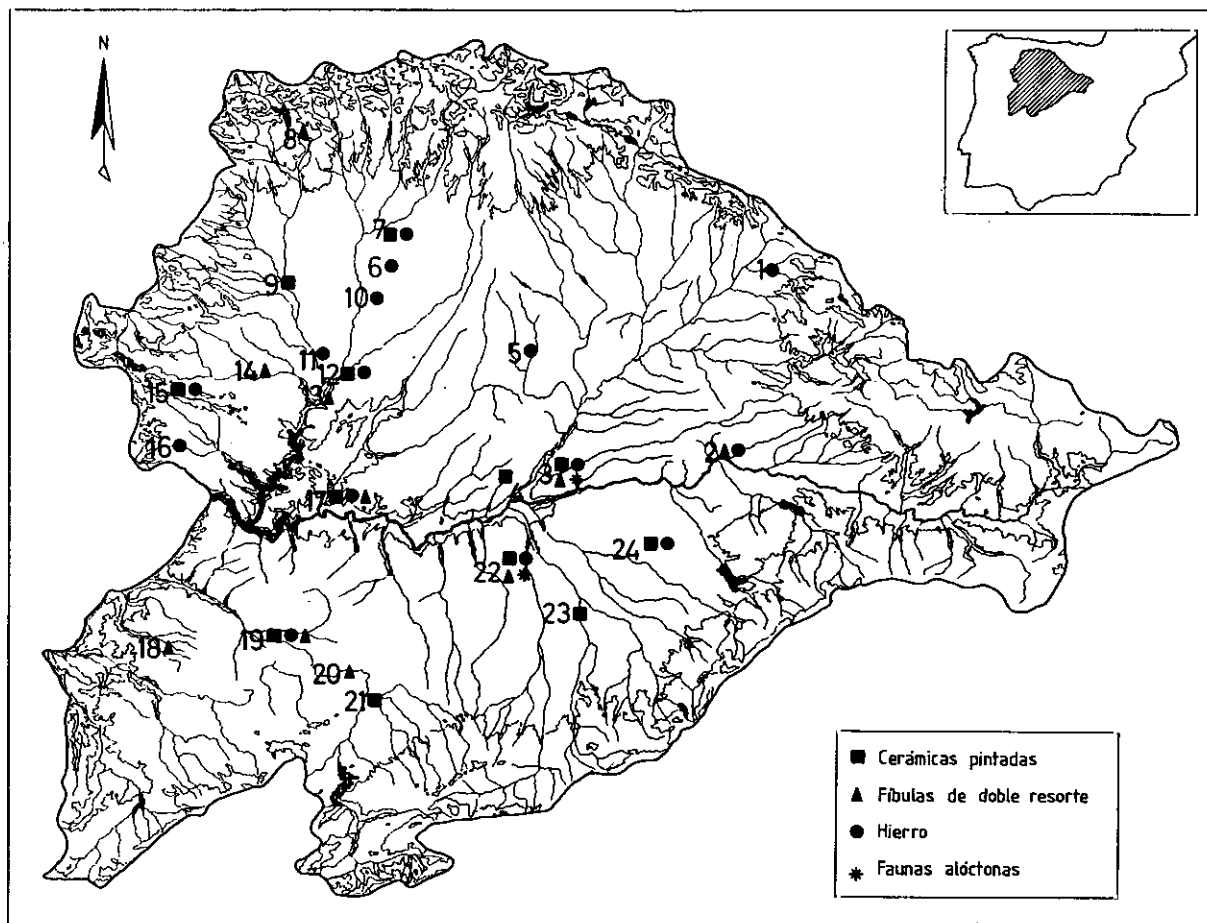


Fig. 1.- Yacimientos de la cultura del Soto mencionados en el texto: 1. *El Castillo* (Burgos); 2. *Roa* (Burgos); 3. *El Soto de Medinilla* (Valladolid); 4. *Simancas* (Valladolid); 5. *Cerro de San Pelayo* (Castromocho, Palencia); 6. *Gusendos de los Oteros* (León); 7. *El Castillo* (Villacelama, León); 8. *El Castillo* (Los Barrios de Luna, León); 9. *Castro de Sacaajos* (Santiago de la Valduerna, León); 10. *Valencia de Don Juan* (León); 11. *El Pesadero* (Manganeses de la Polvorosa, Zamora); 12. *Los Cuestos de la Estación* (Benavente, Zamora); 13. *Castro de La Magdalena* (Milles de la Polvorosa, Zamora); 14. *El Castro* (Camarzana de Tera, Zamora); 15. *El Castillo* (Manzanal de Abajo, Zamora); 16. *El Cerco* (Sejas de Aliste, Zamora); 17. *La Aldehuela* (Zamora); 18. *El Picón de la Mora* (Encinasola de los Comendadores, Salamanca); 19. *Plaza de San Martín* (Ledesma, Salamanca); 20. *Cerro de San Vicente* (Salamanca); 21. *Cerro de San Pelayo* (Martinamor, Salamanca); 22. *La Mota* (Medina del Campo, Valladolid); 23. *Almenara de Adaja* (Valladolid); 24. *Cuéllar* (Segovia).

queremos dedicar las páginas que siguen y rendir con ello tributo a su personalidad académica y, sobre todo, a su hondo humanismo y cordial amistad.

No es nuestra intención, de cualquier forma, extendernos en todos y cada uno de los rasgos que han reclamado la atención en este sentido, máxime cuando, aunque brevemente, hemos tenido ocasión de reflexionar sobre el particular en un último trabajo (Romero y Ramírez e.p.). Así, no habremos de detenernos en el problema ya comentado de las viviendas, ni siquiera en el de la pintura mural, al que ya aludieron en su día Martín Valls y Delibes (1978: 228-9), pues han sido desarrollados en algunos estudios recientes (Romero 1992; Ramírez 1995); y otro tanto cabe decir en relación con la muralla de adobes y empalizada de la estación epónima, a la que no hace mucho se han referido Esparza (1983: 94) y Moret (1991: 25-6). Tampoco parece necesario insistir so-

bre algunos materiales arqueológicos, caso, en primer lugar, de ciertas formas cerámicas, pues si ya Palol (1974: 97) apuntó con carácter genérico sus conexiones con el mediodía, ello ha sido suficientemente tratado, en concreto, para los platos o tapaderas (Martín Valls y Delibes 1978: 229), los vasitos carenados (Romero 1980: 139-45) y ciertas copas (Celis 1993: 119 y 123); o, en segundo lugar, de algunos elementos metálicos como los brazaletes en omega (Campano y Val 1986: 32-3; Esparza 1990: 106, 1995: 134) o, incluso, el jarro de Coca, por más que se haya propuesto relacionarlo con la ocupación soteña del lugar (Romero, Romero y Marcos 1993: 255-6). Y ni tan siquiera habremos de ocuparnos, por último, de los enterramientos infantiles bajo el suelo de las viviendas (Delibes *et al.* 1995: 78 y 82).

Nos centraremos, en definitiva, en una serie de elementos que, como las cerámicas pintadas, las

fibulas de doble resorte o los primeros objetos de hierro, permiten algún tipo de comentario de índole cronológica, dado que se conoce ya un considerable número de ejemplares y que su contextualización viene afianzándose a partir de las más recientes excavaciones arqueológicas y dataciones radiocarbónicas; igualmente, y teniendo en cuenta además lo sugestivo de las mismas, nos referiremos a ciertas faunas comensales y especies asociadas, documentadas también en los últimos trabajos.

## 2. ELEMENTOS DE PRESTIGIO DE ORIGEN MERIDIONAL EN EL MUNDO SOTO

En primer lugar, y por lo que tiene que ver con las *cerámicas pintadas*, recordaremos cómo fueron documentadas por Palol en el Soto I, que fechaba entre aproximadamente el 800 y el 650 a.C., y cómo el mencionado autor las relacionó con las centroeuropeas del Ha C (Palol 1966: 30, 1974: 97; Palol y Wattenberg 1974: 192), incluyéndolas, por tanto, entre las durante largo tiempo denominadas *hallstätticas*; dichas especies, habida cuenta la bicromía de sus decoraciones, fueron adscritas por Almagro-Gorbea (1977: 458-60, fig. 189) al tipo *Meseta*, datado entre los siglos VII y V a.C., cuyo origen rastrea en el *Andaluz*. El número de vasijas a mano, hoy conocidas, decoradas con pinturas, y procedentes de yacimientos soteños, ofrecen una amplia diversidad formal y, sobre todo, decorativa, lo que impide considerarlas como un todo homogéneo, aunque, en cualquier caso, siga siendo el mediodía peninsular el punto obligado de referencia a la hora de su clasificación.

Y así, como una síntesis entre las cerámicas pintadas de tipo *Carambolo*, definido igualmente por el investigador citado en último lugar (Almagro-Gorbea 1977: 120-25, figs. 53 y 189), y las de retícula bruñida interna se ha entendido el cuenco monocromo, con pinturas rojas tanto en su exterior como al interior, donde se desarrolla una composición geométrica, hallado en el Cerro de San Pelayo (Martinaamor, Salamanca); localizado en el nivel VI, ha sido fechado, en virtud de dos dataciones radiocarbónicas obtenidas para la base del mismo, en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Benet 1990). Dicha cronología en nada repugnaba, en principio, a la propuesta para los tipos aludidos y, en particular, para el primero de ellos, que, de acuerdo una vez más con lo dicho por Almagro-Gorbea (1977: 459), se inscribe entre los siglos IX y VIII a.C. Ahora bien, conviene recordar, como en alguna medida hiciera Benet (1990:

89), que tanto la forma del vaso salmantino, como su decoración radial y el tono rojo vinoso de la misma responden mejor a las características de ciertas cerámicas del Bajo Guadalquivir y, en concreto, a las de las copas de paredes finas de la zona onubense (Cabrera 1981: 325-8, figs. 85 y 87); y, asimismo, que dichas piezas, que corresponden al tipo *Guadalquivir II/San Pedro II*, constituyen una novedad dentro de las pintadas del Bronce Final del Suroeste que se habría impuesto en una segunda fase del mismo coincidiendo con el impulso colonial fenicio, centrándose su cronología en el siglo VII a.C. (Cabrera 1981: 329-30), aunque bien pudieran remontarse a mediados del VIII, momento que marcaría justamente el fin, como sostenía poco después Ruiz Mata (1984-85: 243), del estilo *Carambolo* o *Guadalquivir I*, vinculado al mundo geométrico mediterráneo. A la vista de todo ello la cronología defendida para el vaso de Martinaamor pudiera parecer algo antigua, máxime si recordamos que un vaso análogo, formal y decorativamente, no hace mucho recuperado en el solar de Portaceli (Medellín, Badajoz), ha sido fechado inicialmente en torno a la primera mitad del siglo VII a.C. (Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112, fig. 21-1) y aún si tenemos en cuenta que, con posterioridad, se lleva a la segunda mitad de la centuria anterior (Jiménez y Haba 1995: 238-41 y 243, fig. 4).

Con las del tipo *Medellín* se han relacionado las de la Plaza de San Martín de Ledesma (Salamanca) (Benet, Jiménez y Rodríguez 1991: 129-30, 134 y 136, fig. 5-14 y 15, lám. VI) y La Aldehuela (Zamora) (Santos 1988: 102-4, 1990: 228-32, láms. 2 y 3). Detalles que tienen que ver con la propia forma de los recipientes —de pequeño o mediano tamaño y de boca ancha, esto es, platos, fuentes y cuencos, en el caso salmantino, y cuencos con fondo de casquete esférico y una muy suave carena que da paso ya al borde en el zamorano—, con sus características cromáticas —en ambos enclaves soteños empleo, por lo general, del rojo como fondo, pero también, aunque de forma más excepcional, del negro, trazándose habitualmente los motivos en blanco o amarillo—, con la temática decorativa —aparte la ornamentación de carácter geométrico, se identifican, al menos en La Aldehuela, representaciones de palmetas con los extremos rematados en flores de loto esquematizadas— y hasta con la composición —se especula con la posibilidad de que alguno de los vasos zamoranos desarrollara en su fondo un esquema decorativo radial con las puntas terminadas, una vez más, en flores de loto— se muestran perfectamente acordes con lo apreciado en la estación pacense (Almagro-Gorbea 1977: 454-61, fig. 116, láms. LXVIII, LXIX, LXXV-LXXVIII). En la localidad salmantina se fechan en

torno a la primera mitad de la séptima centuria a.C. (Benet, Jiménez y Rodríguez 1991: 135) y a finales de la misma o inicios de la siguiente en la zamorana (Santos 1988: 105, 1990: 232).

Distintas son, por otro lado, las vasijas de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora); poco viene a decir, en este sentido, el fragmento con apenas sí unos restos de pintura recuperado en la fase 5, a no ser que constituye el testimonio más antiguo del tipo en el yacimiento, por lo que habremos de centrarnos en las piezas correspondientes a las fases siguientes (Celis 1993: 119 y 123-4, figs. 15-1 a 4 y 17-5 y 6, cuadro 2). Interesan particularmente aquéllas de la fase 6 que responden al modelo de copas de pie bastante alto y cuerpo troncocónico, a que tuvimos ocasión de referirnos en la introducción a estas páginas, y que parecen encontrar sus mejores paralelos asimismo en Medellín e incluso, como ha vuelto a recordar hace poco Esparza (1995: 131), en los pebeteros o quemaperfumes de las colonias fenicias andaluzas; dos fragmentos más, pintados en rojo sobre blanco al igual que los anteriores, proceden de la fase 8. La primera de las fases mencionadas, la 5, aunque mal conocida, se lleva a un momento de transición en el yacimiento, en tanto que las siguientes corresponderían ya al que Celis califica de "madurez" o "dinamismo" (Celis 1993: 112-3 y 131), lo que nos situaría en fechas de avanzado el siglo VII a.C. en adelante (Romero y Jimeno 1993: 196; Romero, Sanz y Escudero 1993: 12-3; Delibes *et al.* 1995: 72).

A no excesivas consideraciones se prestan algunos otros fragmentos recuperados en el yacimiento zamorano de El Castillo de Manzanal de Abajo o en los vallisoletanos de Simancas, El Soto de Medinilla y Almenara de Adaja. Procede de la primera de las estaciones mencionadas un fragmento de tapadera con restos de decoración rojiza (Escribano 1990a: 223), cuya cronología, aún en el supuesto de que correspondiera a la base del yacimiento —ignoramos el nivel en que fue localizada—, no rebasaría, de acuerdo con el radiocarbono, la primera mitad del siglo VI a.C. (Escribano 1990a: 217 y 258, 1990b: 216). En la segunda de ellas se hallaron tres fragmentos, que se califican como muy dudosos, en el nivel IVB, cuya vida debió de transcurrir en un momento impreciso de la sexta centuria a.C.; en tanto que otros cinco, con claras evidencias de pintura roja, se recuperaron en el nivel IIIA, para el que cabe pensar en una fecha de finales del siglo V o de en torno al IV a.C. (Quintana 1993: 82 y 86-90, fig. 12-5 a 7). El reciente sondeo estratigráfico efectuado en El Soto de Medinilla nos obsequió con un lote de fragmentos pintados en rojo y/o amarillo que apenas llega a la docena (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 172),

identificándose sólo en uno de ellos una banda recta y motivos en zig-zag; nos parece interesante destacar, en cualquier caso, su constatación del octavo nivel de hábitat en adelante, lo que, si tenemos en cuenta que el inmediatamente anterior ha ofrecido una fecha de C-14 del 725 a.C. (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 158), obliga a pensar en un momento a partir de finales del siglo VIII o principios del VII a.C. Por último, se conoce un pequeño fragmento del borde de un cuenco, con restos de pintura roja en ambas caras, procedente del yacimiento protohistórico adjunto a la villa romana de Almenara de Adaja; una estación cuya ocupación soteña se ha asimilado al tradicional Soto I, fechándose entre el 800 y el 700 a.C. (Balado 1989: 37, 79-82 y 95, fig. 10-329).

Menos aún cabe decir a propósito de los procedentes de los establecimientos leoneses del Castro de Sacaos, en Santiago de la Valduerna, y El Castro de Villacelama, con pinturas en rojo y amarillo, en el primer caso, y sólo en rojo, en el segundo, pues desconocemos en uno y otro el contexto y, por tanto, la cronología; Celis se inclina, de cualquier forma, por su atribución al clásico Soto II y, en definitiva, por una fecha para los mismos de mediados o finales del siglo VII a.C. en adelante (Celis 1996: 50).

Bien diferente se nos ocurre, finalmente, cuanto se aprecia en dos yacimientos situados al sur del Duero y de muy parecido comportamiento: La Mota de Medina del Campo (Valladolid) y Cuéllar (Segovia). En uno y otro se han documentado tres modalidades pictóricas; consistiendo la primera de ellas en la aplicación de engobe rojizo sobre vasos bitroncocónicos o al interior de cuencos que muestran en su superficie externa motivos a peine (Seco y Treceño 1993: 137 y 156; Barrio 1993: 190 y 201, fig. 13-37 y 38), creemos hay que relacionarla con la atestiguada en otros yacimientos segovianos, caso de Coca (Romero, Romero y Marcos 1993: 234), así como en el correror Henares-Jarama, al sur ya del Sistema Central (Blasco, Lucas y Alonso 1991: 113-4). Además, y sobre vasos exclusivamente bitroncocónicos, contamos con pinturas bicromas, en rojo y amarillo —sobre fondo oscuro en Cuéllar y sobre engobes claros en Medina—, y, en fin, con pinturas rojas sobre fondo amarillo en este último enclave y con policromía sobre fondo blanco en el segoviano (Seco y Treceño 1993: 156-9, figs. 4-8 y 14; Barrio 1993: 190-1, figs. 9 y 10). En La Mota hay que destacar la comparecencia de las distintas modalidades comentadas a partir de finales de la séptima centuria a.C., así como la extraordinaria continuidad que alcanzan en cuadros como el D, donde se encuentran documentadas desde la base y se mantienen a lo largo de cinco

niveles consecutivos (Seco y Treceño 1993: 139, 142 y 156); algo más tardías, por cuanto al documentarse en los poblados II y III se fechan del siglo VI a.C. en adelante, son las de Cuéllar (Barrio 1993: 195 y 201; Barrio *et al.* 1995: 92, tab. 2).

Dado que las *fibulas de doble resorte* suelen aparecer asociadas en los contextos soteños a los primeros objetos de hierro claramente identificables, es decir, a los *cuchillos de hoja curva* (Delibes *et al.* 1995: 72; Esparza 1995: 134), vamos a ocuparnos conjuntamente de unas y otros.

Pese a la relativa insistencia de Palol sobre la ausencia de objetos metálicos en El Soto de Medinilla y la exclusividad de una metalurgia broncea, a juzgar por el hallazgo de moldes de fundición de arcilla, para los niveles del Soto I (Palol 1963a: 11, 1966: 30), una última referencia a la presencia de hierro en dicha fase (Palol y Wattenberg 1974: 192) ha venido utilizándose como base para hablar de la supuesta antigüedad del nuevo metal —c. 800-650 a.C.— en el mundo soteño; y si ello no dejó de ser sorprendente en su día, no lo es menos el hecho de que los más recientes trabajos llevados a cabo en el yacimiento vallisoletano hayan proporcionado restos de hierro, bien que informes, desde un momento que cabe situar en torno al último cuarto del siglo VIII a.C. (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 174; Delibes *et al.* e.p.). En tal fecha hay que pensar, en efecto, para el noveno nivel de hábitat, en cuya base se recogió el resto más antiguo; dos más proceden del nivel cuarto y de un echadizo entre los niveles sexto y quinto, nivel el primero para el que contamos con una fecha de C-14 de 670 a.C. y en el que se halló también el muelle de una fibula de doble resorte, de puente presumiblemente filiforme (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 158, 162 y 174-5).

Dicha asociación se constata asimismo al exterior de una de las viviendas de Ledesma, en concreto, de la segunda, correspondiente a la fase IV, pudiéndose identificar el objeto de hierro, en esta ocasión, con un cincel de pequeño tamaño; del mismo metal son, por otro lado, el fragmento o fragmentos hallados en relación con la primera cabaña, subyacente a la antecitada, y la hojita recuperada en el nivel de revuelto reconocido entre las fases I y II. Fibula y hierros han de fecharse, tal y como tuvimos ocasión de comentar al hablar de las cerámicas pintadas, en la primera mitad del siglo VII a.C. (Benet, Jiménez y Rodríguez 1991: 119, 130 y 135, fig. 5-18).

Es casi con seguridad La Mota el yacimiento soteño que más testimonios ha ofrecido en relación con cuanto ahora comentamos. En efecto, ya en las excavaciones de comienzos de la década de los

ochenta proporcionó dos fibulas de doble resorte, formando parte del ajuar de una inhumación infantil una de ellas (García Alonso y Urteaga 1985: 79, figs. 15-8 y 18-9), y un par de cuchillos de hierro (García Alonso y Urteaga 1985: 77, fig. 10-5 y 11); todos ellos corresponden a La Mota II, un poblado que, teniendo en cuenta sendas fechas radiocarbónicas del 630 y 605 a.C., fue fechado por García Alonso y Urteaga (1985: 133-5) entre el 700/650 y el 550 a.C. Más recientemente diversos objetos de hierro se han recuperado en distintos lugares del cerro; así, media docena de hojas de cuchillo, un fragmento de tubo y otros de piezas irreconocibles, para los más antiguos de los cuales habría que pensar en la sexta centuria a.C. si tenemos presente que fueron exhumados en el nivel VII del cuadro D y que el infrayacente ha sido datado por C-14 en el 610 a.C. (Seco y Treceño 1993: 139, 142 y 170, 1995: 233, fig. 8-1 y 2). Además, y a resultas asimismo de las intervenciones más recientes, contamos con algunas fibulas entre las que se encuentran las de doble resorte (Seco y Treceño 1995: 233).

Parte del puente y de uno de los muelles de una fibula de doble resorte se recuperaron, junto a un cuchillo de hierro y cerámicas a mano pintadas, en la cata 1 de La Aldehuela, en la capital zamorana, y otro cuchillo y cerámicas del tipo aludido proceden de la cata 2-A; dichas asociaciones, por similitud con cuanto se advierte en la primera fase de la necrópolis de Medellín, se sitúan entre las postrimerías del siglo VII y los inicios del VI a.C. (Santos 1988: 103-5, 1990: 231-2).

Un ejemplar asimismo incompleto del tipo de imperdible que nos ocupa ha llegado hasta nosotros procedente del nivel II de la zanja II, abierta en la Calle de la Corredera de Roa (Burgos), y del nivel IIB del cuadro D, practicado apenas a unos metros de la anterior, un pequeño fragmento informe de hierro; dado que la ocupación soteña del lugar se hace corresponder con el clásico Soto II, su cronología habría de fijarse a partir del 650 a.C. (Sacristán 1986: 67 y 70, lám. X-11).

Además de los yacimientos citados, en los que, como hemos visto, fibulas y hierros aparecen asociados, algunos más han deparado hallazgos de uno u otro elemento. En principio, y por lo que a las primeras se refiere, tendremos presente el poblado del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca), del que sabemos procede, al menos, un ejemplar que, junto con diversas cerámicas de tipo Soto y con decoración a peine, se recogió en superficie en unos manchones cenicientos (Martín Valls 1986-87: 62, fig. 2). La del cerro salmantino de San Vicente, dada a conocer por Maluquer (1951: 67, fig.

9), puede vincularse hoy a la ocupación soteña del mismo tras la revisión de los materiales entonces recuperados (Martín Valls, Benet y Macarro 1991: 139 y 149-51) y las excavaciones en él practicadas a principios de los años noventa (Benet 1993: 340). Recordaremos, igualmente, el hallazgo de sendas fibulas en los enclaves zamoranos de El Castro, en Camarzana de Tera, y el castro de La Magdalena, en Milles de la Polvorosa: se encontró la primera bajo la más antigua de las casas circulares documentadas en el yacimiento, cuya vida se habría iniciado a decir de sus excavadores, partiendo del hallazgo que comentamos, en algún momento de la primera mitad del siglo VI a.C. (Campano y Val 1986: 31-3, fot. p. 33); más problemática en cuanto a su identificación, por tratarse tan sólo de un fragmento, parece mostrarse la pieza de Milles, que, aunque recuperada en superficie, debió de corresponder, como así vendrían a denunciar también algunas cerámicas a mano, al elenco de materiales de las gentes de la primera Edad del Hierro (Esparza 1995: 133, nota 102). Nos haremos eco, por último, de la que, además de otras piezas metálicas de tipología y cronología diversas, se halló en El Castillo de Los Barrios de Luna (León) (Delibes, Fernández Manzano y Celis 1992-93: 419, fig. 2; Celis 1996: 52, fig. 4-9).

Por lo que a los segundos respecta, es decir, los cuchillos de hierro, se conocen dos ejemplares de hoja curva de El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora), un yacimiento que se asimila al Soto II (Celis y Gutiérrez 1989a: 167-8), otro más procede de El Castro de Villacelama (León) (Celis 1996: 52) y un fragmento de hierro, que muy bien pudiera corresponder a una pieza del tipo comentado (Escribano 1990a: fig. 12-3), se halló en uno de los niveles más modernos de El Castillo (Manzanal de Abajo, Zamora) (Escribano 1988: 75). Entre los objetos identificables cabe citar, por último, además de un punzón y una hoja (¿de cuchillo?) de Valencia de Don Juan y un hachita plana de Gusendos de los Oteros, ambos en la provincia de León (Celis 1996: 52), o del posible punzón de El Cerco (Sejas de Aliste, Zamora) (Esparza 1986: 284), el presunto puntero (Celis 1993: 124) localizado en el interior de una estructura cuadrangular correspondiente a la fase 5 de Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis y Gutiérrez 1989b: 154 y 159; Celis 1993: 101), ocupación esta última que, como tuvimos ocasión de comentar al hablar de las cerámicas pintadas, cabe llevar a un momento avanzado de la séptima centuria a.C.

Además, restos informes de hierro se han constatado en el poblado II de Cuéllar, cuya vida debió de desarrollarse durante el siglo VI o, tal vez, al-

go más tarde, a comienzos del V a.C. (Barrio 1993: 189 y 195; Barrio *et al.* 1995: 92, tab. 2), y en el palentino Cerro de San Pelayo, en Castromocho, al exterior de la cabaña 1, que, de ser coetánea a la 3, para la que contamos con dos dataciones radiocarbónicas del 415 y el 360 a.C., habría que fechar avanzado el siglo V o, incluso, en el IV a.C. (Lión 1993: 115 y 120).

Nos referiremos, finalmente, a la identificación, entre las importantes colecciones faunísticas recuperadas tras las recientes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en La Mota de Medina del Campo y El Soto de Medinilla, de *especies alóctonas* que, como el asno o ciertas faunas comensales —ratón y gorrión domésticos— de carácter asociado, muestran un alto valor cronocultural (Morales y Liesau 1995: 471-2, 504 y 507-10, fig. 14, tabs. 2, 4, 6 y 7; Delibes *et al.* e.p.).

En el yacimiento medinense se han documentado tanto el ratón doméstico —nivel X del cuadro A, aunque su presencia cabe inferirse ya desde el nivel XI del mismo cuadro a partir de la presencia de huesos roídos, que se atestiguan también en el mencionado nivel X y en los VIII y VI del cuadro C (Morales y Liesau 1995: 471-2, tabs. 22 y 23; para las equivalencias de las nomenclaturas de las unidades de excavación, véase: Seco y Treceño 1995: 223, nota 3)— como el asno —nivel VIII del cuadro C— y, habida cuenta que este équido fue introducido en la Península Ibérica por los fenicios, recordaremos, igualmente, la identificación, en los niveles asimismo antiguos de la estación que comentamos, de la cañaila (*Hexaplex trunculus*), un caracol productor de púrpura, y otros moluscos bien conocidos en yacimientos tartésico-fenicios (Morales y Liesau 1995: 499, tab. 38). Teniendo en cuenta que los niveles mencionados se localizan en la base de las respectivas unidades de excavación y que el nivel VIII del cuadro D, el inferior del mismo, ha proporcionado una fecha radiocarbónica del 610 a.C. (Seco y Treceño 1993: 139, 1995: 235 y 240), cabe fijar la llegada a La Mota de las especies citadas en un momento avanzado del siglo VII a.C.

El ratón y el gorrión domésticos se atestiguan en El Soto de Medinilla en el tercer nivel de hábitat (Morales y Liesau 1995: 508, donde, por error sin duda, se asocian al segundo nivel de hábitat) y, en concreto, aparecen vinculados a la Casa V y la Estructura Cuadrangular 2 (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 164-5, láms. IV y V, sobre las estructuras arquitectónicas y su relación con la secuencia estratigráfica); para dicho nivel contamos con dos fechas de C-14 del 630 y 505 a.C., la primera de las

cuales cabría dar por válida si tenemos en cuenta: por un lado, que disponemos asimismo de sendas dataciones del 670 y 500 a.C. para el cuarto y primer niveles de hábitat, respectivamente (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 162, 165 y 168), y, por otro, que dicho momento se muestra coincidente con el que ofrece La Mota en relación con las faunas comensales.

Pese a que, por el momento, el asno no se haya documentado en los niveles del Primer Hierro de El Soto de Medinilla, su presencia podría adivinarse aquí, dado el carácter de especies asociadas, a partir de la fauna comensal. De lo dicho, máxime teniendo en cuenta lo significativo de las muestras zooarqueológicas analizadas, cabe deducir que la especie de referencia, habida cuenta lo aislado de los individuos representados o inferidos, alcanzó ocasionalmente el Duero medio durante la primera Edad del Hierro, a resultas muy probablemente de esporádicas adquisiciones; un panorama bien diferente es el que se percibe en época vaccea, en la que, aunque la situación no sea análoga en todos los yacimientos —el asno parece ser todavía puramente testimonial en Las Quintanas de Valoria la Buena y Las Quintanas de Padilla de Duero y falta por completo en otras estaciones—, puede hablarse ya, en el caso concreto de El Soto de Medinilla, de una cabaña estable, pues su número supera incluso al de los caballos, por más aún que la importancia de estos últimos disminuyera en relación con la alcanzada durante la fase anterior (Morales y Liesau 1995: 478-9, 481-2 y 504, figs. 12, 13 y 15, tabs. 1 a 3, 16 a 20 y 32).

### 3. CONSIDERACIONES FINALES

De todo lo hasta aquí expuesto se desprende cómo de los materiales comentados son el vaso pintado de Martinamor y el fragmento de hierro de la base del noveno nivel de hábitat de El Soto de Medinilla los más antiguos, pues uno y otro se datan, como vimos, avanzado el siglo VIII a.C.; frente a ellos el grueso de los elementos estudiados centra su cronología en las dos centurias siguientes.

La alta fecha ofrecida por el radiocarbono para la primera de las piezas aludidas, que de esa forma sería coetánea de las más antiguas copas de paredes finas onubenses y de ejemplares análogos extremeños, obliga a plantearse el problema de su condición local o importada, si bien tanto su forma, alejada de la de los vasitos carenados tradicionalmente considerados antiguos en el mundo Soto (Romero 1980: fig. 1), como el color y sintaxis compositiva de su decoración y aún la tonalidad pardo oscura de su pasta inclinan la balanza en favor de la segunda op-

ción, por más que parezca tratarse de un vaso hecho a mano, lo que se señala igualmente para el pacense de Portaceli (Jiménez y Haba 1995: 238), y se indica para el caso de los andaluces su posible fabricación a molde (Cabrera 1981: 322).

Mayores dificultades presentan, en relación con el aspecto cuestionado, las cerámicas pintadas de tipo Medellín de Ledesma y La Aldehuela, pues si, como comentamos en su momento, son análogas formal y decorativamente a las de la estación que da nombre al tipo, muestran con éstas una notable diferencia, ya que en tanto las extremeñas están hechas a torno (Almagro-Gorbea 1977: 454), las soteñas, con perfiles que no son extraños a su propio mundo, lo están a mano. Este último detalle resta, a nuestro juicio, bastante crédito a la posibilidad de que sean importadas e invita a pensar, más bien, en su condición de fabricados locales. Cabe, aún así, considerar la idea, ya sugerida por varios investigadores en relación con diferentes producciones pintadas peninsulares (p.e. Almagro-Gorbea 1977: 457; Buero 1987: 43 y 45; Ruiz-Gálvez 1993: 56), de que los artesanos indígenas, los soteños en este caso, no conocedores del torno hubieran querido reproducir en sus vasos la decoración contemplada en determinados objetos de procedencia foránea —¿del mundo orientalizante extremeño? ¿tal vez incluso de territorios más meridionales?— como telas, piezas de madera bellamente ornamentadas, etc.; pero tampoco tendríamos demasiados reparos en aventurarnos a suponer, habida cuenta las similitudes que se registran en el ámbito de las formas, que nuestros alfareros se hubieran inspirado directamente en algunos pocos vasos importados que, dado su auténtico carácter excepcional, se nos han negado, hasta el momento, en el registro arqueológico.

Por “producciones locales pero con un cierto gusto o reflejo por lo meridional” tiene Celis (1993: 123, fig. 15-2, 7 y 8) las copas benaventanas de Los Cuestos de la Estación, y si, como apunta dicho autor, el recipiente con pie de pebeteros fenicios como los de la necrópolis de Trayamar (Schubart y Niemeyer 1976: 123 y 210-1, láms. XII-553 y 554 y XX-1057 y 1058) o la Punta del Nao de Cádiz (Escacena 1986: 46, lám. V) y, muy particularmente, el recuperado en el Morro de Mezquitilla (Schubart 1984: 94, fig. 4a) ofrecen un “inquietante” paralelo para su forma, no lo es menos el que muestran ciertos *thymiatéria* de bronce, caso del toledano de Las Fraguas o el jienense del túmulo A de Los Higueros de Cástulo, salidos ambos quizás de un mismo taller (Fernández-Miranda y Pereira 1992: 65-6, fig. 7-2 y 3). Las copas zamoranas, que sin excesivas dudas parecen imitar formalmente los diferentes quemaperfumes cita-

dos, se recuperaron en las inmediaciones de una estructura circular de adobes que se ha considerado un horno para cocer cerámica, lo que abundaría en su fabricación local (Celis y Gutiérrez 1989b: 153, plano 2, lám. 2; Celis 1993: 102-3 y 119, fig. 6, lám. V), y se fechán, tal y como se indicó páginas arriba, avanzado el siglo VII a.C., una cronología que en nada desdice la de sus modelos meridionales que se datan a lo largo de la mencionada centuria.

En otro orden de cosas ya, sorprende igualmente, como señalábamos en otro lugar (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 174) y recordábamos al inicio de estas consideraciones finales, la comparecencia en un momento bastante antiguo, “preocupantemente antiguo” —último cuarto del siglo VIII a.C.—, del primer fragmento de hierro conocido de El Soto de Medinilla, sobre todo si partimos de la idea, generalmente admitida en la actualidad, de que el nuevo metal fue introducido en la Península Ibérica por los fenicios según manifiestan, por un lado, algunas manufacturas importadas de fecha precolonial y, por otro, la generalización más tarde de la siderurgia en ambientes coloniales y su posterior y paulatina difusión hacia las tierras del interior (Ruiz Zapatero 1992: 106-13 y 116; Almagro-Gorbea 1993). En otra ocasión (Delibes *et al.* e.p.) hemos tenido la oportunidad de contemplar la posibilidad de que tan exiguo testimonio fuera resultado, en la línea de lo expuesto por Pleiner (1988: 33) y descrito por Marchal (1988: 26-7), de las actividades llevadas a cabo en los talleres de fundición de bronce, máxime ello cuando, como es bien sabido, no faltan testimonios de tales prácticas desde los inicios mismos de la ocupación del propio Soto de Medinilla, tal y como han puesto de manifiesto tanto las viejas excavaciones de Palol (Palol y Wattenberg 1974: 192; Rauret 1976: 135-42, figs. 7-9, láms. XXVII-XXXIII), cuanto el reciente sondeo llevado a cabo en los años 1989-90 (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 174). Ahora bien, si la mayoría de tales testimonios vendría a abundar en el reciclado de chatarra y/o el beneficio de metal adquirido en forma de lingotes, el reciente hallazgo en el interior de la Casa XV, perteneciente al undécimo y más antiguo nivel de hábitat detectado en el sondeo mencionado, de restos de “hornos-vasija” permite admitir el procesado de minerales cupríferos, aún cuando muy posiblemente ello tuviera lugar fuera del poblado, en las inmediaciones del mismo; en cualquier caso, el empleo de dichos hornos-vasija excluye la posibilidad de obtención de hierro en la reducción de minerales de cobre, por lo que nos inclinamos a pensar que el fragmento férreo que nos ocupa fue importado (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 174 y 176; Delibes *et al.* e.p.). Por último, y en rela-

ción todavía con El Soto de Medinilla, recordaremos cómo el único horno claramente identificado —muy posterior, por otra parte, pues se construyó en el transcurso de la séptima ocupación y debió de seguir en uso durante las dos siguientes (Delibes, Romero y Ramírez 1995: 159-60, fig. 4, láms. II y III)— fue destinado a la preparación de alimentos, descartándose su empleo para la cocción de cerámica y, mucho menos, para la actividad metalúrgica, dado que los análisis por ATD de muestras de su estructura revelaron que en su interior no se sobrepasaron nunca los 430°C (Misiego *et al.* 1993).

A la vista de todo ello resulta tanto más sorprendente que, partiendo del hallazgo en los niveles VII y VI del sector III del Castillo de Burgos de sendas escorias de hierro (Uribarri, Martínez y Leis 1987: 139 y 141) —pues como tales se identificaron tras los pertinentes análisis (Madroñero y Martín Costea 1987: 211-3, láms. XV y XVI)—, se hable del “conocimiento y desarrollo de procesos siderúrgicos en la parte nororiental de la Meseta a finales del siglo IX a.C.” (Uribarri, Martínez y Leis 1987: 165), tomando como referencia cronológica un par de fechas radiocarbónicas obtenidas a partir de muestras de semillas y carbón vegetal extraídas, respectivamente, de los niveles del Primer Hierro más antiguo —XII— y más moderno —I— del sector II (Uribarri, Martínez y Leis 1987: 50, 53 y 167). Dicha fecha de finales de la novena centuria se nos antoja a todas luces cuestionable, pues nos situaría no sólo un siglo por encima de la del primer resto de hierro soteño, sino, lo que consideramos todavía más asombroso incluso, varias décadas antes de los primeros asentamientos siderúrgicos peninsulares (Almagro-Gorbea 1993: 87-8).

Más acordes con cuanto acabamos de señalar, por cuanto se llevan al siglo VI a.C., se muestran las evidencias relacionadas con la actividad siderúrgica proporcionadas por El Cerco de Sejas de Aliste, consistentes en fragmentos de mineral de hierro, escorias y restos de barro que, supuestamente, formaron parte del revestimiento de un horno (Esparza 1986: 177, 183, 198, 284 y 286-7; Clough 1986: 399; Esparza 1995: 115). Dicha actividad podría haberse remontado en tierras zamoranas a finales de la séptima centuria de haberse mantenido la idea, apuntada en algún momento (Celis y Gutiérrez 1989b: 154), de que la estructura de Los Cuestos de la Estación en la que, como vimos, se recogió el único objeto férreo conocido en el yacimiento fuera una fragua; hoy sus excavadores se muestran más prudentes y se refieren a la misma tan sólo como un ámbito de tipo artesanal (Celis 1993: 101, fig. 5, lám. IV).

Si nos atenemos a lo dicho hasta aquí, no



parece aventurado pensar, con Esparza (1995: 115), que los primeros objetos de hierro, los cuchillos de hoja curva en concreto, fueran importados: e idéntica condición se ha propuesto en relación con algunos elaborados bronceos, caso de las más antiguas fibulas de doble resorte (Delibes *et al.* 1995: 71). Ello parece tanto más lógico si recordamos, como queda dicho, que unos y otras suelen aparecer asociados en el mundo Soto y que otro tanto ocurre en diferentes contextos peninsulares de la Edad del Hierro; si a ello sumamos que los imperdibles citados presentan en su mayor parte puente filiforme y responden, por tanto, al tipo más antiguo del modelo —IA1 de Ruiz Delgado (1989: 94-6, mapa III) o 3A de Argente (1994: 52 y 56-7, mapa VI)—, ampliamente representado en la fachada mediterránea y en el área andaluza, zona esta última desde la que habrían alcanzado el occidente meseteño (Ruiz Delgado 1989: 113; Argente: 1994: 55), no parece desacertado pensar, como se ha señalado en diversas ocasiones (Almagro-Gorbea 1986-87: 37, 1987: 325; Ruiz Zapatero 1992: 110-1; Lorrio 1994: 219, 1995: 219), que el hierro hubiera llegado a las tierras del interior, y en particular y por lo que aquí nos interesa al Duero medio (Romero y Ramírez *c.p.*), desde el mediodía peninsular en compañía de las fibulas de doble resorte. La misma procedencia, pues al igual que para los objetos mencionados se atribuye su presencia en la Península Ibérica a la llegada de los colonos fenicios, se ha defendido para el asno, al que hay que añadir las faunas comensales asociadas y ciertos moluscos (Moraes y Liesau 1995: 472, 481, 499, 504 y 510).

Habremos de preguntarnos, finalmente, cómo entender la presencia del conjunto de elementos analizados en el mundo Soto. Como queda dicho al inicio de estas páginas, una serie de rasgos de esta cultura, y cuanto comentamos entre ellos, han permitido a lo largo de los últimos años volver la mirada hacia el mediodía peninsular, lo que, sumado a la valoración del substrato, ha venido a matizar el pretendido carácter céltico de la misma. No es fácil, en cualquier caso, todavía hoy explicar el auténtico alcance que los distintos elementos barajados tuvieron en el origen y formación de tan complejo mundo (Delibes y Romero 1992: 251; Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 491; Delibes *et al.* 1995: 82), máxime ello cuando, sometidos a revisión, los inicios mismos del Soto están a punto de precisarse. En efecto, en tanto que la proyección de la secuencia de El Soto de Medinilla sobre el horizonte epónimo planteaba, como acertadamente ha sabido apreciar Esparza (1986: 364-8, 1995: 106 y 131 nota 90), no pocas contradicciones, al mostrarnos al mundo soteño ple-

namente configurado desde sus comienzos, las excavaciones llevadas a cabo en los últimos años en distintos yacimientos del grupo, incluido el propio Soto de Medinilla, han permitido distinguir una fase *formativa* —detectada en la base estratigráfica de algunos de estos establecimientos— y otra de *plenitud o madurez* —en la quedan incluidos el Soto I y II de Palol— que, como hemos tenido ocasión de comentar en algún otro momento anterior, vienen a solventar dichos inconvenientes (Delibes *et al.* 1995: 86-7).

No es de extrañar, por tanto, que desde la perspectiva tradicional Cogotas I y el Soto chocaran como dos mundos rotundamente opuestos (Delibes y Romero 1992: 242-3; Romero y Jimeno 1993: 198-9; Delibes *et al.* 1995: 80-1; Esparza 1995: 137-9; Romero y Ramírez *c.p.*), ni que Esparza tratara de explicar la intensificación económica pareja al cambio cultural a partir de razones de índole tecnológica, demográfica, climática y económica (Esparza 1990: 123) y aún que este mismo autor, creyéndolas escasamente concluyentes y juzgando insuficientes en sí mismos los recursos humanos cogoteños para afrontar tan sustantivo cambio, plantee, vistos los elementos alóctonos presentes en la nueva cultura, la posibilidad de que fuera impulsada por influencias extrameseteñas y, yendo incluso todavía más lejos, no llegue a descartar la idea de una aportación foránea, no sólo en lo que a los rasgos culturales mencionados se refiere, sino también en lo que respecta a la misma base humana (Esparza 1995: 139-44), que hay que entender de origen meridional.

Ahora bien, a la luz de la nueva propuesta de desarrollo para la cultura del Soto tan sólo dos de los rasgos de raigambre meridional contemplados están presentes en la fase formativa de la misma: la planta circular de las viviendas —y aún si se quiere el revoque interior de las mismas— y los vasitos carenados de superficies bruñidas, en tanto que los restantes, muralla incluida, corresponden ya a la fase de madurez o, como mucho, dado que esta última se da por inaugurada en torno al 700 a.C., a finales de la anterior, caso del cuenco pintado de Martinamor o del fragmento de hierro de El Soto de Medinilla que, como vimos, se fechan avanzado el siglo VIII a.C. Es más, e incidiendo en lo que a la arquitectura doméstica se refiere, contrastan claramente las endebles cabañas de ramaje, propias de los más viejos poblados soteños, con las viviendas de adobes, auténticas casas ya, de la fase de plenitud; una arquitectura esta última que va conformándose a lo largo de dicho período hasta alcanzar en sus momentos finales un cierto grado de sofisticación, como ponen de manifiesto los vestíbulos de las casas del nivel II-3 identificado por Palol en El Soto de Medinilla (Palol y Wattenberg

1974: 190-1, fig. 66).

La entidad arquitectónica de estos poblados y las sucesivas reconstrucciones y/o superposiciones de los mismos, hasta configurar los característicos *tells* soteños, avalan la vocación de permanencia en el solar por parte de sus moradores y denuncian, sin duda, el éxito obtenido por éstos en la explotación de sus recursos potenciales (Romero 1992: 209-10; Delibes *et al.* 1995: 65 y 87); ello, sumado al hallazgo frecuente de grandes vasijas de provisiones en el interior de las viviendas y de unas particulares estructuras, interpretadas como graneros, en las inmediaciones de las mismas, dio ya pie al propio Palol a referirse al Soto II —lo que a la vista de lo expuesto cabe aplicar hoy también al Soto I y hacer extensible a la fase de plenitud del grupo— como una etapa de “una cierta abundancia y un cierto bienestar” (Palol 1963a: 10-1). Los análisis zooarqueológicos de los importantes conjuntos faunísticos recuperados en las más recientes excavaciones abundan en esta imagen, pues los resultados ofrecidos por los mismos han permitido hablar de una “sociedad opulenta” (Morales y Liesau 1995: 506-7). Y aún pudiera servir de colofón a esta impresión generalizada la calificación de civilización “pujante” otorgada por Esparza (1995: 142) a la cultura del Soto.

Y es en este contexto en el que, a nuestro juicio, cobran todo su sentido los distintos elementos analizados a lo largo de estas páginas; vasos pintados, fibulas de doble resorte y cuchillos de hierro serían, por su escaso número y origen foráneo, objetos exóticos al alcance de unos pocos individuos, quienes, con su posesión, harían gala de su elevado *status*, y otro tanto cabría decir en relación con el asno. Su presencia entre las gentes soteñas podría responder, como muy bien ha señalado no hace mucho Delibes (1995: 126-9), a una política entre las élites

que, con el fin de garantizar alianzas, intercambiarían regalos y aún mujeres con sus correspondientes dotes, pero también, simplemente, a meras relaciones comerciales en las que las gentes soteñas ofertaran, como contrapartida, productos autóctonos, quién sabe si caballos, de cuyo número tenemos pruebas fehacientes tanto en Roa (Sacristán 1986: 68-9) como en el propio Soto de Medinilla (Morales y Liesau 1995: 478-9, tabs. 1, 2 y 32).

Su dispersión, como queda reflejado en el mapa adjunto, se concentra al sur del Duero y, muy principalmente, al occidente de su curso medio, siguiendo el discurrir de la Vía de la Plata; un camino éste por el que ya alcanzara los territorios meseteños, en las postrimerías de Cogotas I, la fibula de codo de San Román de Hornija (Delibes 1978: 236 y 244-6) y para el que, en el momento que nos ocupa, constituyen destacados hitos tanto la ya citada estación de Medellín (Almagro-Gorbea 1977; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994; Jiménez y Haba 1995), cuanto la tumba toledana de la Casa del Carpio de Belvís de la Jara que, fechada entre el último tercio del siglo VII e inicios del VI a.C., ha proporcionado un espectacular ajuar funerario en el que figuran, entre otros y por lo que aquí nos interesa, un impresionante lote de vasos pintados bicromos y restos de dos cuchillos de hierro (Pereira 1987; Pereira y Álvaro 1988; Pereira 1989; Pereira y Álvaro 1990; Fernández-Miranda y Pereira 1992: 66-70; Pereira 1994: 55 ss.).

La documentación de toda esta serie de elementos de claro origen meridional otorga, en definitiva, al mundo del Soto un cierto aire cosmopolita y permite incluir su territorio, siquiera sea como confin más septentrional, en el llamado *hinterland* orientalizante-tartésico.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Prachistorica Hispana, XIV. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta. *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 31-47.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1987): La celtización de la Meseta: estado de la cuestión. *Actas del I Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*, Valladolid: 313-344.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARTÍN BRAVO, A. M. (1994): Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo. *Castros y Oppida en Extremadura* (M. Almagro-Gorbea y A. M. Martín Bravo, eds.), *Complutum Extra*, 4. Madrid: 77-127.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), *Complutum*, 2-3: 469-499.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones Arqueológicas en España, 168. Madrid.
- BALADO PACHÓN, A. (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Valladolid.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 173-212.
- BARRIO MARTÍN, J.; MILLÁN, A.; BENEITEZ, P.; CALDERÓN, T. (1995): Desarrollo poblacional y datación absoluta por Termoluminiscencia en el yacimiento prerromano de Cuéllar (Segovia). *Estudios sobre cerámica antigua. Actes del simposi sobre cerámica antigua* (M. Vendrell-Saz, T. Pradell, J. Molera y M. García, eds.), Barcelona: 89-94.
- BENET, N. (1990): Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca). *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, III: 77-93.
- BENET, N. (1993): Arqueología preventiva y de gestión (1989-1990). Salamanca. *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 333-349.
- BENET, N.; JIMÉNEZ, M. C.; RODRÍGUEZ, M. B. (1991): Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín. *Del Paleolítico a la Historia* (M. Santonja, coord.), Salamanca: 117-136.
- BLASCO, C.; LUCAS, R.; ALONSO, A. (1991): Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2: 7-159.
- BUERO MARTÍNEZ, M. S. (1987): El Bronce Final y las cerámicas "Tipo Carambolo". *Revista de Arqueología*, 70: 35-47.
- CABRERA BONET, P. (1981): La cerámica pintada de Huelva. *Huelva Arqueológica*, V: 317-335.
- CAMPANO LORENZO, A.; VAL RECIO, J. DEL (1986): Un enclave de la primera Edad del Hierro en Zamora. "El Castro", Camarzana de Tera. *Revista de Arqueología*, 66: 29-33.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de "Los Cuestos de la Estación", Benavente (Zamora). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 93-132.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1996): Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas. *ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología*, Actas, León: 41-67.
- CELIS SÁNCHEZ, J.; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1989a): Noticia de la excavación de urgencia en "El Pesadero", Manganeses de la Polvorosa, Zamora. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 161-169.
- CELIS SÁNCHEZ, J.; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1989b): "Los Cuestos de la Estación", Benavente (Zamora). Reseña de la III Campaña de excavación. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 145-160.
- CLOUGH, R. E. (1986): Análisis de vestigios metalúrgicos. *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora* (A. Esparza Arroyo), Zamora: 399-400.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995): El amanecer de la Historia. *Historia de una cultura. I. Castilla y León en la Historia de España* (A. García Simón, ed.), Valladolid: 77-131.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. (1992): El último milenio a. de C. en la Cuenca del Due-

- ro. Reflexiones sobre la secuencia cultural. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), *Complutum*, 2-3: 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; CELIS SÁNCHEZ, J. (1992-93): Nuevos "ganchos de carne" protohistóricos de la Península Ibérica. *Tabona*, VII-II: 417-434.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1995): El poblado "céltico" de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio* (G. Delibes, F. Romero y A. Morales, eds.), Valladolid: 149-177.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1995): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio* (G. Delibes, F. Romero y A. Morales, eds.), Valladolid: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L.; MISIEGO TEJEDA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G. J. (en prensa): El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero medio. A propósito de las nuevas excavaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid). *Homenaje a Ana M.<sup>a</sup> Muñoz Amilibia. Verdolay*, 7.
- ESCACENA, J. L. (1986): Gadir. *Los fenicios en la Península Ibérica. I. Arqueología, Cerámica y Plástica* (G. del Olmo Lete y M. E. Aubet Semmler, dirs.), Sabadell: 39-58.
- ESCRIBANO VELASCO, C. (1988): El castro de "El Castillo", Manzanal de Abajo. Planteamiento y resultados de la Campaña de 1988. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 71-77.
- ESCRIBANO VELASCO, C. (1990a): La Edad del Hierro en el occidente de Zamora y su relación con el horizonte del Soto de Medinilla: "El Castillo", Manzanal de Abajo (Zamora). *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 211-263.
- ESCRIBANO VELASCO, C. (1990b): Contribución al estudio de la Edad del Hierro en el noroeste de Zamora: "El Castillo", Manzanal de Abajo. *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*, Zamora: 211-224.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur. *Cántabros y Astures (Bimilenario de las Guerras Cántabras y Astures)*. *Lancia*, 1: 83-101.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): La Edad del Hierro en Zamora. *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*, Zamora: 101-126.
- ESPARZA ARROYO, A. (1995): La Primera Edad del Hierro. *Historia de Zamora. I. De los orígenes al final del Medioevo* (J. C. Alba López, coord.), Zamora: 101-149.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; PEREIRA SIESO, J. (1992): Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera. *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras*, Toledo: 57-94.
- GARCÍA ALONSO, M.; URTEAGA ARTIGAS, M. (1985): La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro en La Mota (Medina del Campo, Valladolid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23: 61-140.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1988-89): La cultura de El Soto de Medinilla. Algunas consideraciones. *Zephyrus*, XLI-XLII: 331-337.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1989): Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J.; HABA QUIRÓS, S. (1995): Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz). *Complutum*, 6: 235-244.
- LIÓN BUSTILLO, F. J. (1993): Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro del "Cerro de San Pelayo" (Castromocho, Palencia). *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 111-127.
- LORRIO, A. J. (1994): La evolución de la panoplia celtibérica. *Madridier Mitteilungen*, 35: 212-257.
- LORRIO, A. J. (1995): La formación de la cultura celtibérica. *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo: 219-224.
- MADROÑERO DE LA CAL, A.; MARTÍN COSTEA, A. (1987): Análisis de los materiales férricos prehistóricos del Castillo de Burgos. *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel* (J. L. Urizarri Angulo, J. M. Martínez González y I. Leis Muñoz), Burgos: 211-213.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1951): De la Salamanca primitiva. *Zephyrus*, II: 61-72.
- MARECHAL, J. R. (1988): Il passagio della metallurgia del rame a quella del ferro. *The First Iron in the Mediterranean* (G. Spertl, ed.). *Proceedings of the Populonia/Piombino 1983 Symposium*. PACT, 21, Strasbourg: 25-32.
- MARTÍN VALLS, R. (1986-87): La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización.

- Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES DE CASTRO, G. (1978): Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid). *Madrider Mitteilungen*, 19: 219-230.
- MARTÍN VALLS, R.; BENET, N.; MACARRO ALCALDE, C. (1991): Arqueología de Salamanca. *Del Paleolítico a la Historia* (M. Santonja, coord.), Salamanca: 137-163.
- MISIEGO TEJEDA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G. J.; SARBIA HERRERO, F. J.; MARTÍN GIL, J.; MARTÍN GIL, F. J. (1993): Un horno doméstico de la primera Edad del Hierro de "El Soto de Medinilla" (Valladolid) y su análisis por ATD. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIX: 89-112.
- MORALES MUÑIZ, A.; LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1995): Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio* (G. Delibes, F. Romero y A. Morales, eds.), Valladolid: 455-514.
- MORET, P. (1991): Les fortifications de l'âge du fer dans la meseta spagnole: origine et diffusion des techniques de construction. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVII-1: 5-42.
- PALOL, P. DE (1958): Las excavaciones del poblado céltico de "El Soto de Medinilla". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXIV: 182-185.
- PALOL, P. DE (1961): Nuevos datos para el estudio de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero: Las excavaciones del poblado de "El Soto de Medinilla". *V Internationaler Kongress für vor- und Frühgeschichte*, Berlin: 645-648.
- PALOL, P. DE (1963a): Trigos prehistóricos en el valle del Pisuerga. El asentamiento céltico de "El Soto de Medinilla". *Felipe II*: 9-12.
- PALOL, P. DE (1963b): Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del Barrio de San Pedro Regalado de Valladolid. *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México: 135-150.
- PALOL, P. DE (1964): La muralla céltica del poblado de "El Soto de Medinilla". *VIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 275-276.
- PALOL, P. DE (1966): Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana. *IX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 24-35.
- PALOL, P. DE (1973): El Soto de Medinilla. Archäologische Einführung zu den botanischen Untersuchungen. *Madrider Mitteilungen*, 14: 127-132.
- PALOL, P. DE (1974): Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro. *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI: 91-100.
- PALOL, P. DE; WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid.
- PEREIRA SIESO, J. (1987): Los objetos de hierro más antiguos de la provincia de Toledo. *Carpetania*, 1: 247-251.
- PEREIRA SIESO, J. (1989): Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo). *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M. E. Aubet Semmler, coord.), Sabadell: 395-409.
- PEREIRA SIESO, J. (1994): La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Actas del Simposio, Toledo: 37-85.
- PEREIRA SIESO, J.; ÁLVARO, E. DE (1988): Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvis de la Jara, Toledo). *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), Toledo: 279-289.
- PEREIRA SIESO, J.; ÁLVARO, E. DE (1990): El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvis de la Jara (Toledo). *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo: 215-234.
- PLEINER, R. (1988): Investigation into the Quality of the Earliest Iron in Europe. *The First Iron in the Mediterranean* (G. Sperl, ed.). *Proceedings of the Populonia/Piombino 1983 Symposium*. PACT, 21, Strasbourg: 33-36.
- QUINTANA LÓPEZ, J. (1993): Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas. *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 67-91.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1995): *La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el valle del Duero*. Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid, inédita.
- RAURET, A. M. (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Publicaciones Eventuales, 25. Barcelona.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLVI: 137-153.
- ROMERO CARNICERO, F. (1985): La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio. *Historia de*

- Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero* (G. Delibes et alii), Valladolid: 82-103.
- ROMERO CARNICERO, F. (1992): Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro. *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio* (J. M. Báez Mezquita, coord.), Valladolid: 175-211.
- ROMERO CARNICERO, F.; JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro. *Los Celtas: Hispania y Europa* (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), Madrid: 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (en prensa): Sobre el "celtismo" de la "cultura" del Soto. *Los Celtas en la Meseta* (M. Almagro-Gorbea, ed.).
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. (1993): Una visión renovada de la arqueología vaccea. *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 9-20.
- ROMERO CARNICERO, M. V.; ROMERO CARNICERO, F.; MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica. *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 223-261.
- RUIZ DELGADO, M. M. (1989): *Fibulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Sevilla.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1993): El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce. *Complutum*, 4: 41-68.
- RUIZ MATA, D. (1984-85): Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del bronce final —estilo Carambolo o Guadalquivir I—. *Homenaje al Prof. Gratiliano Nieto*, vol. I. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 11-12: 225-243.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia. *Gala*, 1: 103-116.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid.
- SANTOS VILLASEÑOR, J. (1988): Resumen de la segunda campaña de excavación en el yacimiento de la 1.<sup>a</sup> Edad del Hierro de "La Aldehuela". Zamora. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 101-110.
- SANTOS VILLASEÑOR, J. (1990): Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora). *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*, Zamora: 225-239.
- SCHUBART, H. (1984): Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de Mezquitilla cerca de la desembocadura del río Algarrobo. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19: 85-101.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*. Excavaciones Arqueológicas en España, 90. Madrid.
- SECO VILLAR, M.; TRECEÑO LOSADA, F. J. (1993): La temprana "iberización" de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de "La Mota", Medina del Campo (Valladolid). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero, eds.), Valladolid: 133-171.
- SECO VILLAR, M.; TRECEÑO LOSADA, F. J. (1995): Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: "La Mota", Medina del Campo. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio* (G. Delibes, F. Romero y A. Morales, eds.), Valladolid: 219-245.
- URIBARRI ANGULO, J. L.; MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J. M.; LEIS MUÑOZ, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.